

**A 100 años de los sucesos de la Escuelas Santa María de Iquique  
(VOLUNTAD POLÍTICA DE MATAR, VOLUNTAD SOCIAL DE RECORDAR (A PROPÓSITO DE  
SANTA MARÍA DE IQUIQUE) \***

**Gabriel Salazar**

**DUDA Y OPCION**

Tras aceptar la invitación a participar en este evento, me asaltó la duda acerca del verdadero carácter 'histórico' del mismo; ¿se trataba de un seminario académico, un encuentro profesional y técnico entre historiadores -"un evento bibliotecario" lo llamó una expositora el día de ayer- o, más amplio que eso, se trataba de una 'acción social y pública de recordación decidida por una comunidad local viva? La memoria, sin duda, es un amplio lugar de peregrinaje, visitado no sólo por historiadores de profesión sino, también, por todos los seres vivientes que, caminando desde el pasado, deben que construir, paso a paso, su presente y su futuro. Individual, o colectivamente. Porque, en verdad, hay muchas formas de recordar, y momentos diferentes para hacerlo: hay formas 'conmemorativas', adscritas a rituales públicos y a la memoria oficial. Hay formas 'profesionales', inscritas en los paradigmas normativos de producción cognitiva. Y formas 'sociales' -o de recordación- surgidas de las líneas subjetivas del corazón, los afectos, los valores, la identidad.

En diciembre de 1907, entre quince y veinte mil personas bajaron de la Pampa a la ciudad de Iquique para testimoniar su denuncia, proyectar su des-contento y exigir la justicia social debida. Y fueron masacrados. Ayer, noviembre 1 de 1997, entre veinte mil (según Televisión Nacional) y cuarenta mil personas (según el periódico La Estrella subimos a la Pampa, hasta la oficina Santa Laura, para recordar cantando el himno de esa masacre.

Hay fuerza social para denunciar, para exigir, para luchar. Y hay fuerza social para recordar.

Fue anoche, todavía con la imagen vívida de la recordación social de Santa Laura (anidada entre la chimenea ardiente, el desierto frío, el enrojecido cielo crepuscular y el himno por los caídos) cuando opté por centrar esta exposición en lo que podemos llamar 'la voluntad social de recordar', dentro de la cual se inscribe -a mi juicio- este particular encuentro de historiadores. Pude haber presentado una ponencia historiográfica formal (que, pese a no ser un experto en los problemas de esta zona, no es difícil de escribir para quien suma sobre treinta y cinco años de práctica en el ramo), pero me pareció más pertinente, al final, exponer una reflexión oral sobre las formas sociales no profesionales de recordación. Pues, a éstas, le es más pertinente la oralidad que la escritura.

Me propongo, pues, reflexionar en voz alta desde la perspectiva 'cordial' -social- de recordación.

**Como fantasma, la 'recordación' recorre Chile**

No hay duda que, actualmente, estamos en presencia y bajo el imperio de una voluntad social de recordación. No es por azar que, ayer, se 'juntaron' en Santa Laura treinta mil personas para recordar. Ni que, hace menos de un mes, setenta y cinco mil se reunieron en el Estadio Nacional de Santiago para 'recordar juntas' a Ernesto "Che" Guevara. Ni que, durante la semana pasada -y sólo en lo que a mi participación concierne- diversos grupos se juntaron en Santiago para, el día lunes, en un instituto profesional privado, recordar a los jóvenes de la generación del 60 que soñaron, lucharon y perecieron; el día miércoles, en una hostería del Cajón del Maipo, para recordar las luchas y problemas de las comunidades locales de Chile, Ecuador, Perú, Colombia y Nicaragua; y el día viernes, en el municipio de la comuna El Bosque, para recordar la trayectoria chilena desde la dictadura neoliberal a la democracia neoliberal, etc. Todo ello sin contar los actos recordatorios que se han celebrado y se celebran en otras comunidades metropolitanas y de provincia'.

Como un fantasma del pasado, la voluntad social de recordar recorre Chile, pues, de norte a sur.

¿Qué significa esto? ¿Por qué, en flagrante oposición a la obvia voluntad política de olvidar o conmemorar sólo "en la medida de lo posible", surge desde abajo la voluntad impertérrita de recordar juntos? ¿Qué alcance histórico real tiene esa forma masiva de recuerdo? ¿Cómo nos implica a los historiadores?

Las 'conmemoraciones' oficiales son periódicas, públicas y marcas de calendario. Las 'reconstituciones historiográficas del pasado' constituyen un trabajo profesional de cada día. Pero la voluntad social de recordar no es ni una efeméride ni un laboreo funcional sino un hecho histórico. No ocurre todos los días sino de tarde en tarde. No a propósito de mitinas sino en razón de problemas. O de crisis.

Como epílogo de algo grande y preludio de algo mayor. Si se hace un recuento histórico, esa voluntad no forma parte ni de las transiciones políticas ni de las fluctuaciones de mercado sino de las 'transiciones ciudadanas'. Como un sismo subterráneo, cuyo epicentro radica en lo más profundo de la conciencia social. Surgió, de algún modo, después de 1835, y empujó desde abajo la ola liberal e historiográfica del período 1842-1887 (en cuya cresta florecieron los llamados historiadores liberales). Surgió otra ola después de 1907, y empujó desde abajo la amplia crítica social e historicista que, después de 1920, hizo posible la lenta democratización de la sociedad. Otra nueva ola se formó después de 1947, que empujó desde abajo las teorías de desarrollo económico-social y la historiografía marxista, que forzaron los atrevidos "cambios estructurales" del período 1964-1973. Y todo indica que, desde 1985 o desde antes, la voluntad social de recordar, de nuevo, desde abajo, está empujando la profunda y crepitante marea de su memoria. De acuerdo con este breve inventario, se colige que la voluntad social de recordar sigue la línea interna del corazón cuando va hacia el pasado, pero termina siguiendo la línea externa de la acción cuando, desde ese pasado, da la cara hacia el futuro. Es este 'giro' el que, tal vez, hace de la recordación un fantasma temible. Y es en previsión del mismo, quizá, que las políticas de olvido y amnesia públicas necesitan ser convenientemente erigidas y administradas.

### **"ES PELIGROSO SER POBRE, AMIGO"**

"Es peligroso ser pobre" reza la Cantata de la Escuela Santa María. Pero es aun más peligroso ser pobre, y no olvidar. La pobreza, convertida en recuerdo, es un arma política de largo alcance. Y esto, sin lugar a dudas, es peligroso en un doble sentido:

para el sistema que produce la pobreza y para el pobre que le recuerda su pobreza al sistema. ¿Por qué?

Porque el recuerdo, como actividad del corazón, es una facultad privada inembargable. Es el reflejo más directo y orgánico de la realidad concreta; tanto, que existe 'fusionado' con ésta. Y si el recuerdo simple es privado e inembargable, aun lo es más la experiencia del dolor, de la muerte, de la exclusión y de la tortura. La victimización es, sin duda, la forma más radical y brutal de autonomización que existe. Y si la recordación de esa experiencia victimal se realiza en colectivo (juntos), la autonomía victimal se transfigura en un germen de poder. Dando paso al 'giro' que hace de la voluntad social de recordar un fantasma temible.

Porque 'recordar juntos' implica una doble asociatividad: la del presente que evoca el pasado, y la vinculación 'cordial' de los que recuerdan juntos. Es sobre este doble andamio donde surge una conciencia básica de 'identidad' (grupala, comunal, de clase o generacional). Una red tenue de reagrupación. Que permite que el 'estar juntos' permanezca más allá del evento recordatorio. Que el estar juntos 'se quede', como en crisálida, en los cantos, íconos, leyendas, mitos, símbolos y fetiches donde se encarna, transfigurada, esa tenue identidad. El evento identitario flota como cultura simbólica, entre el ir y venir de signos dispersos, reteniendo la unidad más allá y después de la dispersión física de los que se juntaron. Tanto como para que, bajo esos mismos símbolos, se convoquen y se junten de nuevo. La recordación, pues, une.

"El poder surge -escribió Hannah Arendt hace ya cincuenta años- cuando los hombres están juntos, y desaparece cuando los hombres se dispersan".

El 'poder' es una categoría de la asociatividad humana. La 'fuerza', una categoría o instrumento del sistema. El poder tiene una relación orgánica y positiva con la recordación. La fuerza no tiene memoria (se define como puro presente, por su temor al poder de la sociedad civil), por donde se relaciona de modo orgánico y positivo con la amnesia y el olvido. La fuerza puede derrotar, en los hechos puntuales (por lo común, de carácter político-militar) al poder, pero éste derrota siempre a la fuerza en los procesos de mediana o larga duración (por lo común, de carácter sociocultural). El poder se reconstituye recordando los hechos de sus derrotas, pero se despliega en procesos victoriosos con el arma de largo alcance de su memoria.

El poder, sin embargo, no se despliega del todo en el mero acto de recordación. Recordar juntos es sólo un germen de poder. Y un germen inocuo que se pierde históricamente si no gira hacia una acción creadora de nueva realidad. Pues la recordación -como puro acto cordial- puede transformarse en una estéril revivencia contemplativa y estética del pasado. Que se agota en sí misma y termina aherrojada a sus símbolos y fetiches. Que puede devenir en una efeméride obsesiva, sobrecargada de ritos y simbolismos, pero sin salida a futuro. Como, por ejemplo, la 'conmemoración' social del día 11 de septiembre. De este modo, el germen de poder que brota de la recordación social puede marchitarse sin historia, aprisionado a perpetuidad en sus ritos de calendario.

El germen de poder contenido en la recordación convierte su potencialidad en acto sólo cuando gira, sobre la misma línea del corazón, hacia el horizonte de la acción. Cuando, mirando atrás (hacia el futuro) ensancha la mirada, convirtiendo la cartografía de los signos recordatorios en una cartografía de hitos y nortes para la acción (conjunta). Cuando despliega la inteligencia social desde su focalización en

los 'hechos' del pasado que duele, hacia los 'procesos' del presente y futuro que alivian. Y cuando, en definitiva, amplifica la memoria hasta englobar todo lo propio y todo lo ajeno, lo subjetivo y lo transubjetivo, lo social y lo político, lo local y lo nacional, el eje presente-pasado y el eje pasado-futuro. Pues, si para recordar basta evocar los 'hechos' que se valoran, para actuar (en conjunto) es preciso totalizar la mirada, ensanchar la memoria hasta los límites externos del sistema y trazar los itinerarios hasta donde se hundan en el horizonte.

Hay una memoria que retorna, se clava y hunde en los 'hechos' que atraen la recordación. Pero hay también otra que, desde allí, avanza en longitud y latitud hacia los procesos que construyen la realidad futura: es la memoria para la acción. La memoria 'de' los hechos es una. La memoria 'para' la acción, que engloba la anterior, es otra. El poder surge de la primera, pero 'madura' cuando la primera se funde con la segunda. La memoria 'para' la acción es, pues, la memoria histórica del poder.

La recordación es espontánea, intensa, emotiva. No requiere de auxilios externos ni de apoyo técnico. La 'memoria histórica del poder', en cambio, es una construcción compleja, que requiere de un esfuerzo técnico y sistemático adicional. Madura, por tanto, más lentamente. Por lo mismo, la transformación de la cultura simbólica de recordación -que puede perdurar décadas como una elástica arma identitaria de resistencia- en un proyecto político de poder local o nacional no es un proceso simple ni breve. Sobre todo, si se trata de grupos marginales. De amigos que son pobres. El problema histórico de la pobreza y la marginalidad sociales es que, si bien pueden espontáneamente construir culturas prácticas de sobrevivencia y transgresión, y aun culturas simbólicas de identidad y resistencia, tienen dificultades para construir una 'memoria histórica de poder'.

Pues, mucho antes que madure esta memoria, los pobres ya son un peligro para el sistema, sobre todo por el poder de sus recuerdos y las 'transgresiones' que derivan de su asociatividad natural.

"Es peligroso ser pobre". Es aun más peligroso ser pobre, y recordar. Toda-vía más, si se es pobre, se tiene recuerdos y, en virtud de esto, crece la asociatividad marginal. Pero si, siguiendo esa línea, se construye una 'memoria histórica de poder', se llega a una cima en que ser pobre ya no es peligroso: es, 'sistemáticamente', impensable. Inadmisible.

Por ello, el sistema ataca mucho antes que los pobres lleguen a esa cima.

## **LA ANTIPOLÍTICA DEL RECUERDO**

La recordación y la memoria histórica, en manos del bajo pueblo, constituyen un arma política de largo alcance. Su uso libre por la sociedad civil y, sobre todo, por los pobres y marginales, puede constituir, pues, un peligro grave para el sistema y para el Estado. Por lo que éste tiende a 'regular' esa libertad. A 'intervenir' en la instalación pública de los recuerdos y en la configuración civil de la memoria social. A fijar un calendario institucionalizado de 'conmemoraciones' y a reglamentar la transmisión educativa del 'saber historiográfico'. Procura que las recordaciones dolorosas del bajo pueblo permanezcan en el ámbito privado o como efemérides iracundas (dies irae), que el mismo Estado convenientemente atiza (como los 11 de septiembre) para hundir la recordación en la ira, la ira en un puro gesto de violencia, y la violencia en la reacción policiaca que legitima el 'orden' del sistema. Para evitar, en suma, que la recordación gire hacia la acción política totalizada.

Una forma de mantener la recordación popular en el pozo estéril del recuerdo ritual y la violencia simbólica es evitar que se convierta en una memoria pública a la vista de todos. En un trozo de conciencia que, en exhibición abierta, se muestre al respeto y a la consideración de todos. Los monumentos son trozos de memoria social en exhibición pública. Indicios materiales que convocan a la reflexión ciudadana. ¿Por qué el Estado insiste en levantar monumentos sólo a los políticos que ocuparon altos cargos, a los militares que pelearon alguna batalla o cumplieron con éxito alguna tarea y a los artistas laureados por algún premio? ¿Por qué esos personajes monopolizan los monumentos y no los héroes sociales que, en un número diez veces mayor, han caído masacrados luchando por la justicia, la igualdad y los derechos humanos? ¿Por qué Arturo Prat sí y no el pueblo minero masacrado en la escuela Santa María? ¿Por qué Yungay y no Ranquíl? ¿Por qué Alessandri y no Recabarren? ¿Por qué Eduardo Frei Montalva y Bernardo Leighton y no Clotario Blest? ¿Por qué el principal aeropuerto de Chile lleva el (ridículo) nombre de "Comodoro del Aire Arturo Merino Benítez" y no el nombre vernacular, típico, de "Pudahuel"?

Sin duda, la política monumentalista y toponímica es un ejercicio de la 'fuerza' para gloria de la misma fuerza. Ha sido diseñada y aplicada para producir admiración, reverencia, pleitesía. No para invitar a la reflexión sobre nuestras realidades, problemas y miserias. No para exaltar la crudeza del realismo local (caso del notable y olvidado pintor José Venturelli) sino para vanagloriar el éxito 'parisino' de algún nacional (caso del también notable pintor Roberto Matta Echaurren). No educa al ciudadano instalando en su camino monumentos que le hablen de la realidad que duele, sino, sólo, de la realidad que brilla. De este modo, la regulación estatal de la memoria pública permitida y difundida sofoca la recordación popular. La encarcela en sus ritos privados, en su cultura simbólica y en sus días de ira. No la mata -sin duda-, pero la esteriliza, históricamente. Impidiendo que, con calma, profundice su reflexión, amplifique su mirada y, sobre todo, gire hacia la acción creadora de futuro.

La política monumentalista y toponímica del Estado chileno ha sido y es una apresurada ocupación estatista de la memoria pública, para evitar que la recordación social llegue hasta ella y se posea de ella\*.

Sin acceso a la monumentalidad pública, la recordación social se ha revolcado en sí misma, sin hallar otras salidas que los días de ira y la cultura funeraria. La explosión pública de recuerdos 'privados' y el culto 'semipúblico' (bajo permiso formal de la Intendencia respectiva) a los hechos de derrota experimentados. Todo lo cual termina girando en torno a los muertos. Bajo flores funerarias. En ruta al cementerio. Como una cultura de deudos y no de sujetos históricos.

Olvidando, por eso mismo, los largos procesos sociales en los que -como se dijo- la sociedad civil y el bajo pueblo suelen obtener, de preferencia, sus grandes victorias. ¿De qué manera es posible mantener viva, intacta, la memoria social de los grandes procesos históricos donde esa sociedad y ese pueblo logran sus anónimas victorias? (¿Cómo materializar esos procesos en monumentos públicos? ¿Cómo pasar de la encajonada recordación simbólica a una ampliada memoria histórica que permita potenciar la cultura funeraria como una cultura dinámica para la acción? ¿Cómo doblegar y trascender la antipolítica pública de recordación? "VAMOS, MUJER...")

Antes de llegar a los asientos que en el 'anfiteatro' de la oficina Santa Laura nos fueron asignados, deambulamos por ahí, entre las rocas, los restos de caliche, las zanjas y el suelo raspado por el polvorazo. En la imponente de ese inmenso teatro histórico, los historiadores nos sentimos empujados. Sobrecogidos. Aplastados por tanto pasado. ¿Cómo traducir todo eso a papel, computador y a libro? ¿Cómo traspasar tan recargado silencio, toda esa aterradora mudez, a las páginas de un artículo o a la alocución de una clase? Y entre tantos miles de personas que apretujaban sus sombras para recordar, ¿qué nos diferenciaba de todos ellos? Llegamos a nuestros sitios. Pero, ¿dónde se quedó María Angélica Illanes? ¿Se habrá perdido entre tanta gente? ¿Habrá bajado por un terraplén equivocado? Comenzamos a preocuparnos. Sentíamos instintivamente que, como gremio, debíamos estar juntos. Como para multiplicar nuestras fuerzas y enfrentar unidos tan inmenso pasado. Como si sólo apretujándonos unos con otros pudiera ese inmenso drama histórico caber en la conciencia profesional de la Historia. Como si sólo el calor sumado de todos nosotros pudiera reencender el frío pretérito del desierto.

Y estábamos juntándonos cuando la chimenea de la derruida oficina comenzó a crepitar y las luces del escenario fueron encendidas. El hechizo del pasado electrizó la espina dorsal. Fue entonces cuando apareció, por fin, María Angélica.

- "¿Dónde estabas?".

- "Fuimos a recorrer la Oficina. Miramos el viejo caldero. Los fierros oxidados de la máquina. Estaba prohibida la entrada. Es peligroso. Pero la cruzamos. Es impresionante. Hundimos las manos en la costra del piso y desenterramos estos fierritos. Mírenlos: tal vez los tocaron los obreros. En esta derrumbe está todo el pasado..."

Eso éramos nosotros: unos que, como todos, necesitábamos estar juntos para recordar mejor. Para desenterrar restos e indicios del pasado. Para sentir su latido en nuestros dedos, dejar fluir el eñuvio de los hechos muertos e imaginar y representamos toda la escena viva. Era nuestra forma particular de recordar.

- "Vamos, mujer, partamos a la ciudad..."

El Quilapayún cantaba el himno de los caídos. El viento nos erizó la piel de melodías y recuerdos. Las líneas vivas y pretéritas del corazón se cruzaron en un sólo chispazo eléctrico. El rito llegó a su momento culminante...

- "Pinochet volverá... ¡Pinochet volverá!", gritó alguien a nuestras espaldas. Me volví: era un obrero que no parecía electrizado por la recordación colectiva. Estaba parado de otro modo. Miraba de otra manera. Parecía achispado y con varios grados de alcohol en el cuerpo. Escuchaba, pero no sumido en silencio sino hablándole a los demás. E insistía:

- "¡Pinochet volverá!"...

Algunos se incomodaron: "¡No interrumpen!". El Quilapayún cantaba: "las autoridades de Iquique no los reconocieron"... Y el obrero rezongaba: "¡y el choro Soria tampoco!". La liturgia recordatoria se vio así entrecortada e interferida por una forma disñnta, no ritual, de recordación. Era una voz aislada -aunque tenía un grupo que la secundaba como un 'coro'-, pero que, sin lugar a dudas, interponía otra fonma legítima de recordar: teniendo a la vista el presente y mirando el futuro. Como una premonición básica, germinal, del 'giro' que, desde el pasado, era necesario dar para encarar el futuro. Porque -quizá- en la memoria de ese obrero la

'voluntad política de matar' no era una pura fuerza del pasado, sino también del presente y del futuro; a la que cabía no sólo recordar sino, también, enfrentar... Bajo el mismo frío del desierto y en el mismo himno, se anudaron, pues, diversas y distintas formas de recordación, y una misma voluntad política de matar.

### "... PORQUE HABÍA QUE MATAR..."

- "¡Pinochet volverá!"...

Al revisar la historia, se torna evidente que la voluntad social de recordar está indisolublemente atada a la voluntad política de matar. Que es una voluntad de Estado. Que responde a una 'razón o sin razón de Estado'. A una lógica de fuerza que lleva rauda a la violación del sentido humano de las decisiones políticas. ¿Qué razón. o sin razón de Estado genera la voluntad política de matar?

- "Porque había que matar", dice la Cantata Santa María.

La 'fuerza' -como se dijo- no tiene memoria. Mejor dicho: sólo tiene memoria de su propio temor. Y sólo teme a lo que no puede matar: a la soberanía histórica de la sociedad civil; a la autonomía permanente de las víctimas' al ciclo de retorno periódico de los derrotados; a la articulación horizontal, independiente, de la opinión pública; a la tendencia del bajo pueblo a construir su propia realidad. En suma: teme a las raíces siempre vivas de la historicidad social. Que son y constituyen el fundamento perpetuo de los derechos humanos.

Es para controlar esa indócil historicidad que el Estado necesita levantar las rejas de contención que llama 'governabilidad'. Que los científicos políticos definen como la capacidad del Estado para disciplinar la sociedad civil bajo un estado de derecho (que podría también definirse como la capacidad de la 'fuerza' para imponer determinados derechos políticos a los derechos humanos que son privativos del 'poder'). Para lograr la gobernabilidad de la inquieta sociedad civil, el Estado necesita reconocer o establecer, cuando menos, cuatro subsistemas de relación institucional con ella, a saber:

a) un subsistema de asociatividad ciudadana que, en principio, debería surgir por iniciativa espontánea, privada, comunitaria y local de la misma ciudadanía;

b) un subsistema de representación (electoral o de otro tipo) que permita la canalización política de la opinión ciudadana y la legitimación de los elencos estatales;

c) un subsistema de negociación pública que permita resolver de modo racional y transparente los conflictos de los grupos sociales con el Estado o de esos grupos entre sí, y

d) un subsistema de participación directa de la ciudadanía en las decisiones públicas que la afectan, especialmente en las coyunturas de reorganización del Estado y en el gobierno local.

En estricto rigor, los subsistemas de la gobernabilidad no son ni deberían ser otros que los que permitan a la sociedad civil ejercer expeditamente su soberanía. Sujetando el Estado a los recuerdos y decisiones de su voluntad soberana". Sin embargo, históricamente, los Estados han cercenado esa soberanía y no han instalado todos esos subsistemas. Hacia 1907, en Chile existían, de un lado, un subsistema de asociatividad ciudadana (había miles de asociaciones formales y

redes microasociativas informales) y de otro, un incipiente subsistema electoral, pero no existían mecanismos institucionales de negociación pública y menos, sin duda, de participación'. Asociada, la baja sociedad civil podía recordar. Podía, incluso, manifestarse políticamente (aunque de modo limitado) a través de los partidos de retórica anti-oligárquica. Pero, de hecho, no tenía capacidad para imponer su voluntad mayoritaria, por la inexistencia de mecanismos adecuados de negociación y participación. Los conflictos no se desenvolvían bajo forma de

¿A qué temió la 'fuerza' en 1907? ¿Qué la llevó a constituirse como una voluntad de matar?

- "Porque había que matar".

Desde luego, la sin razón. La ausencia de una lógica común, de intermediación, entre el Estado y la Baja Sociedad Civil. La anulación de la 'política' como expresión directa de las masas ciudadanas. La configuración de la policía como expresión de intereses minoritarios y de una fuerza deshumanizada. Y el temor. Temor a perder privilegios ilegítimos frente al único juez capaz de denunciar y condenar, históricamente, a los violadores de la soberanía popular. Pero, ¿cuál fue y es el punto de quiebre que desencadena la 'decisión' de matar?

- "Porque había que matar".

-

Sin duda, el punto en que la masa de pampinos pasó de la recordación a la acción. De sus derechos humanos a su poder soberano. Y del poder como simple 'derecho' a la 'participación' en las decisiones públicas. Pues, cuando el 'poder' se hace efectivo, participa del Estado. Se apodera del Estado. Y puede ex-pulsar a los suplantadores. Y castigar a los violadores. Éste es el punto límite. El momento asesino.

Es peligroso 'participar', pues, amigo.

### **EL 'SÍNDROME HUNTINGTON'**

"Poca democracia -escribió alguna vez Samuel Huntington- asegura la gobernabilidad; mucha, la inestabiliza".

Permitiendo la asociatividad ciudadana, promoviendo la representación electoral, admitiendo una negociación limitada y excluyendo la participación, usted logra suficiente "poca democracia" y mucha gobernabilidad. Si usted, en cambio, permite que la negociación directa se dé a todo nivel y que la masa ciudadana participe a todo nivel, entonces tendrá "muchísima democracia" y una alta inestabilidad.

Inestabilidad, claro, significa una seria amenaza de cesantía para las clases políticas (militar y civil) que han hecho de la política y del control del Estado no sólo una profesión sino, también, un monopolio. Y, por supuesto, una 'fuerza'. Por eso, es peligroso participar, amigo...

Esta situación límite, dilemática, se puede llamar, pues, algo así como 'el síndrome Huntington'.

Desde 1973 hasta 1990, la 'fuerza' aplastó y cercenó la soberanía ciudadana. Sobre todo de la baja sociedad civil. Desplegando, con una frialdad histórica-mente excepcional, de norte a sur, su 'voluntad política de matar'.



Desencadenando, pues, hoy, la 'voluntad social de recordar'. ¿Qué subsistemas de gobernabilidad (o gobernanza) tiene hoy a su favor esa voluntad social para expresarse históricamente? ¿Qué situación institucional, pública, puede facilitar su giro desde la recordación a la acción?

Bajo el imperio abusivo de la fuerza, la baja sociedad civil tejió por sí misma un espeso subsistema micro-asociativo, más informal que formal, pero fuertemente recordatorio e identitario.

La Constitución Neoliberal de 1980 y la democracia neoliberal desde 1990, han establecido un manipulado subsistema electoral y un limitado subsistema de negociación (que la gran masa ciudadana no ha tomado en serio). Sin embargo, irónicamente, el modelo neoliberal (por conveniencia política, doctrina, y por imposición de la propia pobreza y violencia que genera) ha lanzado una política general de descentralización del Estado que, en su extremo inferior, remata en la repotenciación de los gobiernos locales y en una propuesta también local de incrementar la... ¡participación ciudadana!

¿Por qué eso? ¿Por qué el sistema -bechura de la fuerza- quiere jugar con fuego histórico? ¿Por qué provocar lo que siempre ha temido más?

Es cierto, para algunos, la participación se entiende como un sistema de 'consultas a la ciudadanía' acerca de cuestiones intrascendentes de equipamiento urbano en el ámbito comunal (modelo alcalde Lavín); para otros, la participación se entiende como una 'asociación con los pobres' para que éstos sumen su "capital social" (que es gratis) a la "inversión social" (que no lo es) para superar la pobreza y producir el desarrollo local (modelo Fosis y Banco Mundial). Como el modelo neoliberal ya ha probado que el simple "chorreo" (desarrollo basado en el mercado) no está eliminando ni la pobreza, ni el empleo precario, ni la violencia urbana y doméstica, ni la drogadicción, etc., lo que ahora necesita (para evitar el estallido social y no aumentar la inversión social) es echar mano del capital social de los pobres para superar esas lacras. Necesita hablar, pues, de participación. ¿De cuánta participación? Sin duda, tanta como sea necesario para abaratar el costo de las políticas sociales de desarrollo local. Pero no tanta como para que las redes locales incluyan la participación en la toma local (o nacional) de decisiones públicas. Suficiente para que haya 'gobernabilidad', pero no tanta como para que haya "muchoa democracia".

Están, pues, jugando con fuego. Equilibrándose en el filo del 'síndrome Huntington'. Como para que el mismo sistema neoliberal se diga a sí mismo: 'es peligroso que participen, amigo'. O como para que se responda: 'es que no podemos hacer otra cosa, amigo'.

¿Qué deberes históricos se derivan del 'síndrome Huntington' que hoy, según parece, se ha instalado en el mismo plexo del modelo neoliberal? ¿Es el momento preciso para que el 'bajo pueblo' se plantee el giro de la recordación a la acción? ¿El punto en que los historiadores deberían pasar de su conciencia profesional a su conciencia ciudadana para contribuir a transformar los actos de recordación simbolista en una ampliada memoria histórica de poder? ¿El momento en que, por primera vez en la historia de Chile, tendría sentido luchar para iniciar la instalación de un verdadero subsistema de participación ciudadana y de ejercicio efectivo de la soberanía popular? ¿El momento de tomar en serio el verdadero 'poder popular'?

Es peligroso, sin duda, construir 'poder de participación'. Lo es para el sistema. Y lo es, también, para los pobres ("¡Pinochet volverá!"). Pero la voluntad social de recordación no puede anonadarse en el simbolismo ni anquilosarse en el temor del posible retomo de la fuerza. La voluntad social de recordación es el único antídoto conocido contra la voluntad política de matar. El único germen capaz de desarrollar al máximo lo que la fuerza no puede matar.

Por eso, si participar es peligroso, también es un deber. Un imperativo histórico. Un irrenunciable derecho ciudadano.

*Universidad de Chile  
Departamento de Pregrado  
Cursos de Formación General  
www.cfg.uchile.cl  
Curso: Memoria social: historia oficial, conflictos en Chile*

## **NOTAS:**

2 Entre noviembre de 1997 y octubre de 1998 han tenido lugar innumerables actos masivos para recordar héroes políticos (Allende, Miguel Henríquez, Che Guevara), héroes musicales (Víctor Jara, Violeta Parra), mártires (hermanos Vergara, Claudia López), periodos históricos (de la Unidad Popular, de los últimos veinticinco años), de generaciones relevantes (generación del 38, generación del 60), etc. A lo que es preciso agregar la nutrida asistencia de público a la presentación de libros atingentes a la historia contemporánea de Chile, y la instalación de días de recordación activa como el 11 de septiembre y el "día del combatiente".

3 Con notable estupidez histórica, se pretende borrar la recordación 'social' (iracunda) de día 11 instalando, por decreto y calendario, un día 'parlamentario' de reconciliación.

4 La excepción ha sido la reciente construcción del Parque de la Paz en lo que fue el centro de torturas de Villa Grimaldi, en Santiago. Es el primer parque-monumento que se ha levantado en Chile por presión de la recordación social y en memoria pública de los caídos en ese centro de torturas. Esto se debió a la iniciativa privada de una corporación de ciudadanos, que logró que el Ministerio de la Vivienda tomara las medidas pertinentes.

5 Cuando es la sociedad civil la que, en el ejercicio de los derechos humanos y la soberanía, impone al Estado y la clase política su voluntad histórica, los científicos sociales actuales no hablan de 'governabilidad' sino de 'governanza'.

6 La 'participación' concedida a los electores por la Ley de Comuna Autónoma de 1891 estaba siendo combatida en 1907 por sus propios gestores, y sería eliminada en 1914. diálogo: no existía una racionalidad dialéctica para resolverlos. Concluían atrincherando, de un lado, la desesperanza y la ira, y del otro, el temor y la fuerza. Polarizando las legitimidades del poder y las amenazas de la fuerza.

7 El "capital social" incluye -según el Banco Mundial- todos los recursos que los pobres utilizan para sobrevivir: sus enseres domésticos, casa, calificaciones laborales, mano de obra femenina e infantil, redes sociales vecinales, sinergia interna de sus asociaciones, etcétera.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

© CEME web productions 2003 -2007 